

Herr

LOS
GRANDES ROBOS
DEL
TENIENTE GENERAL

NARRACION CONTEMPORANEA

Precio: 0,50 centavos

BUENOS AIRES

PEDRO IRUME, EDITOR
165 — PERÚ — 165

L. 81

LOS

GRANDES ROBOS

DEL

TENIENTE GENERAL

NARRACION CONTEMPORANEA



80,788

51,258

BUENOS AIRES

PEDRO IRUME, EDITOR
165 — PERÚ — 165

PREFACIO

El barrio está aterrorizado. Un perro rabioso ha mordido á varios: las casas se cierran porque el animal dañino no penetre en ellas. No hay remedio. El perro debe morir para seguridad del vecindario.

Ya todos se preparan. Aparece el perro baboso, y en vez de correr, las gentes lo esperan á pié firme. Los ojos del animal inyectados en sangre se dirigen á los primeros grupos, y luego quiere huir..... Es tarde. Lo acometen. Quiere luchar, y su instinto de conservacion lo guia; la hidrofobia lo lleva á tirar tarascones al aire.

Todos caen al fin encima de aquella fiera, que ha quedado sola.

Sucumbe, y un grito de victoria se alza unísono.

Al verlo exánime, impotente, hasta las mujeres dicen:

Gracias á Dios!

Alguna que llega á exclamar: Pobre animal! — agrega en el acto: — Era necesario que él muriera. Era un peligro para todos!

Tras de esa oracion fúnebre, viene el carro de la basura, y cargando con él, lo lleva á enterrar en lugar apartado, y en hoyo cavado bien hondo.

Tal es la historia del Teniente General.

Ese perro rabioso es un peligro para todos. Su enfermedad lo pone fuera del amparo público.

Va á envenenar á una Nacion entera; su virus ponzoñoso mata cuánto toca.

Pobre animal! Es necesario que muera para que los racionales tengan segura su existencia. Es una razon de vida para todos, la que lo condena á la muerte.

Es accion santa matar á Rosas!—dijo en su delirio patriótico un hombre de gran talento.

Acaso si él viviera repetiría su frase, al parecer brutal, cambiando de sugeto.

Pero nó! no mateis así!

La muerte dada alevosamente, es un asesinato, es un crimen.

Pero no lo es cuando ella se dá en lucha leal, requiriendo al enemigo, frente á frente, cuerpo á cuerpo, ó en batalla campal, armados igualmente ambos contendientes.

Entónces brilla mas el acero y está mas firme en la diestra del que tiene su conciencia tranquila, y con su frente alta parece que mira al cielo pidiendo el amparo de Dios que protege siempre lo justo y lo bueno.

Esa mano es mas fuerte y mas certera; su contrario debe caer, y así sucederá.

El Teniente General caerá al empuje de la justicia y del esfuerzo del pueblo; y si no huye, su caída será un bien para todos.

Lo será para su patria, porque desaparece su opresor oprobioso.

Lo será para su familia, porque no existiendo el verdugo, la compasión que la mártir esposa y sus inocentes hijos inspirarán, hará que no caiga sobre ella la maldición injusta de un pueblo que sacrificado, odiará cuanto al tirano pudiera recordar. Esa familia podrá tambien cambiar de apellido para no sentirse salpicada de sangre y de infamia.

Lo será en fin, tambien, hasta para el mismo tiranuelo, porque si cae en un campo de batalla, esquivará así su cabeza al degradante banquillo que lo reclama!

¿Tendrá valor para hacerse matar como soldado?

.....
.....

Las páginas que van á leerse pertenecen á los apuntes que entre varios documentos poseemos y que formarán parte del proceso que algun dia se iniciará contra el gran criminal, que tiembla ya, presintiendo su próximo fin.

Entre esos papeles existe una carta autógrafa, que su ministro olvidó en una mesa del vapor que lo conducía, cuando la *gran negociación* á la capital del *pueblo libertado*, y que recogida por un sirviente, nos

fué luego mostrada como una curiosidad por la firma que lleva, cuya carta nosotros adquirimos y dice así:

“ Querido Doctor:

“ He arreglado con que él le escribirá
“ diciéndole los nombres de los que deben aparecer
“ como compradores de tierras. Haga no mas exten-
“ der las escrituras así.

“ Trabaje, doctor, su felicidad y la de sus hijos
“ dependen de esta negociacion, y Vd. sabe que pue-
“ de contar con lo que ofrece su general y amigo,
“ que le desea buen viaje

S! »

¿Este papel, mandado á *última hora*, es la simple indicacion de estar ya arreglada la lista de los hombres bondadosos que aparecerían comprando tierras, ó es la carta de compromiso en que el tirano le ofrece pagar su infamia al ministro indigno?

Parece lo último por el empeño que el viajero, dicen, mostró por recuperar el papel extraviado.

Su interés despertó la codicia del ocultador, que graduó la importancia de la carta por la inquietud que su desaparicion produjo al perdido.

El robo de las *tierras pùblicas* de una Nacion, no aprovechará al criminal que se vé despojado por los que comisionó, y que pronto quizá, cuando se le formule la acusacion, verá detalladamente descrita su gran infamia.

La fiebre de adquirir lo ageno, lo llevó de las ratierías de los sueldos de pobres viudas y huérfanos, hasta el saqueo de las arcas públicas; y desde el robo en su tierra hasta el robo en una Nacion extraña.

Desgraciado!

El final de la historia que va á leerse, pronto irá tambien á la prensa.

Por hoy vamos á hacer el relato de uno de los grandes delitos que registrará la historia de las Repúblicas, cuando narré lo ocurrido en la época que mandó en una de ellas el hombre que fué un baldon para su Patria!

Esa historia espantará al mundo civilizado.

EL AUTOR.

LOS GRANDES ROBOS

DEL

TENIENTE GENERAL

PARTE PRIMERA

I

Modo de subirse á Presidente de la República

En las postimerías de una antigua tiranía que como oprobio de una república recordarán los tiempos, ocurrió un suceso que narrado en viejos papeles ha llegado hasta nosotros, y que vamos á publicar hoy para ejemplo de los pueblos modernos que puedan estar amenazados de iguales peligros.

Oculta y separada del resto de las naciones civilizadas, existía antiguamente un pueblo mediterráneo

que dormía entre bosques seculares, cuyo nombre no se dice, y al que poco á poco sus mandones condenaron á la mas vil decadencia.

Crecía esa población cual se multiplica feliz una majada de ovejas á la que periódicamente esquila su dueño. Su vida era la misma que la de esos mansos animales.

Salía el sol y alegraba los campos; caía la lluvia y los regaba; y el suelo producía pasto para las bestias que se inclinaban para comerlo y nutrirse y reponer el vellón tondado y enriquecer con el nuevo á su dueño, señor y Dios.

Mas llegó un día en que los países limítrofes coaligados, decidieron libertar á aquel pueblo esclavo y llevaron la guerra á su tirano. Vencieron al fin; el rebaño se había disminuido durante la lucha, y cuando obtuvo la libertad, se encontró pobre de recursos y de instrucción para gobernarse á sí mismo, y nueva serie de dificultades y malestar lo agobiaba.

Las Naciones que *lo habían libertado*, tenían que cobrar los gastos hechos en la *Santa Cruzada* de la redención de ese pueblo, y entraron en arreglos para ello.

Eran tres las que se habían unido para la campaña, y una de ellas, que parece se llamaba la *República de Batuecas*, quedó la última en esos arreglos y hasta parecía haberlos olvidado.

La República de Batuecas, trás de una gloriosa historia que desde su Independencia la había hecho notar del mundo por su arrojo y valentía, había caído

en postracion tal que se iba pareciendo ya al pueblo aquel del rebaño, que contribuyó á libertar.

En la campaña que emprendiera parece que hubiera chupado el virus que emponzoñaba al pueblo libertado.

El pueblo enfermo se vió libre del mal de la tiranía; pero los sintomas de esta empezaron á hacerse notar en el pueblo libertador.

Conmociones internas hacían peligrar los destinos de la Patria.

Las ideas se pervertían; los sanos principios se olvidaban; los tradicionales partidos lavaban sus antiguas divisas, que luego sin color definido, presentaban los mas inciertos y variados, y que por su poca fijeza hacían que los grupos se formasen, reuniéndose los que creian llevar trapos lavados de los mismos colores.

Pero el sol, el viento, y el tiempo desvaneciéndolos ó cambiándolos, mostraban á los grupos asombados que cada uno de sus individuos tenía diferente color de divisa, diferente propósito, diferente aspiracion. Y cada grupo reventaba cual aerolito y sus fragmentos se esparcían por todos los ámbitos de la República de Batuecas para no unirse más.

Disgregados así y sin fuerza los hombres, su poder se debilitó, y llegó un dia en que el más ruin de todos ellos, pero el más audaz á fuerza de ser el más ignaro, se propuso erguirse sobre todos y mandarlos como á bestias.

Los habitantes de Batuecas miraban con sonrisa

los esfuerzos del arlequín que vistiéndose con trajes diversos, ya de particular, ya de capitán, ya de cartillero, ya de coronel, ya de verdugo, ya de general, ya de Mercurio, ya de bandido, los tenía divertidos.

Pero el tal tomó á lo serio sus papeles, y hacía lo que ellos representaban.

Los partidos, por antagonismos estúpidos ante el peligro comun, y los hombres por mas vituperable sentimiento quizás, permanecían alejados los unos de los otros, é indiferentes á lo que ocurría.

El Titere se rodeó de otros que le comprendieron, y una buena mañana se les presentó diciéndose General nombrado por unas Cámaras que en aquel tiempo hubo de muñecos tan bien fabricados, que todos los tomaban por hombres, pero cuyo mecanismo solo era entendido por el General que tenía la llave y les daba cuerda. Tenían los tales en el lado izquierdo, en donde los humanos tienen el corazón, una gran cavidad, que era lo más curioso de esos manequines. Llenándoles esa cavidad con monedas ó lo que lo valiera, entraban en movimiento siguiendo la dirección que el amo deseaba al darles cuerda.

La parte posterior del cuerpo teníanla forrada en plancha de metal con grande previsión del artista, pues había notado que cuando el General estaba irritado, al darles cuerda la emprendía á puntapiés con los muñecos que huían, lo que dejó inservibles á muchos. Con el blindaje ya no había peligro, y aunque el Teniente General los zurrase por detrás, no lo adivinaría quien los mirase por delante; tan tranquilos, plácidos y sonrientes tenían los rostros.

Todos se asombraron ante la nueva transformacion del jóven General: pero como la division era profunda entre los ciudadanos, parece que aprovechándola *el arlequin*, sacó sus muñecos, les dió cuerda, los preparó cargándoles el *corazon*, los mandó á una casa de altos que existía en una plaza de Batuecas, y en un momento dado, abrieron la boca y lanzó cada cual su papelito, en el que el nombre del General estaba escrito para Presidente de Batuecas.

Recogieron *aquello* en una bandeja de plata, é hicieron al Presidente, que apareció luego á tomar posesion del mando con tal aplomo, que todos pensaron que él seriamente creia que así de esa masa se hacían los Presidentes, y que él lo era de veras.

Como nadie se lo contradijo, porque parece que no había en Batuecas seis hombres que pudieran reunirse y pensar del mismo modo, el General se fué á otra casa, que entonces se hallaba desocupada, y se asomó al balcon, hizo pasar por enfrente las tropas que lo vivaron, y se dirigió luego á una mesa en cuyo contorno había sillas: sentóse y los individuos que mas próximos estaban, se sentaron tambien mas ó menos cerca, y algunos al lado mismo del General.

—Señores!—dijo éste.—*Trepao* á la Presidencia de la República me aguantaré en ella, y ya verán, que desde que empiezo á ser Gobierno, marcha bien el país, y tenemos paz, y dinero y engordan las haciendas, y hay fandango corrido.

No sabemos si miente la tradicion, pero así dice que hablaba el General Presidente de Batuecas.

Con la misma facilidad con que se *trepó* al poder, segun la pintoresca frase del manuscrito, formó su Gobierno.

—Señor Excmo.— dijo uno de los que mas cerca se le sentaron.

El General no contestó; pero luego, mirándolo á la cara, ai que hablara, soltó una carcajada estrepitosa y exclamó:

—Caramba! —No había caído en que el Excmo. soy yo. *Tiene la palabra para hablar*, como dicen en las Cámaras deveras.

—Excmo. Señor,— dijo el autorizado.—Lo que á mi juicio sería bueno para comenzar, fuera leer lo que manda hacer en estos casos un librito que por ahí anda, y al que llaman Constitucion.

—Ah! Ya sé lo que es— agregó el General Presidente.— Para hacer una ruleta, ó cualquier otro negocio honesto, primero se juntan los del *enrriego*, y si alguno sabe escribir, hacen un papel de lo que cada uno tiene que hacer y todos firman ó hacen una cruz y eso es la *constitucion* de la sociedad. Lindo! Vamos á hacer una *constitucion*, para esta nueva ruleta de mi invencion. Porque esta la he inventado yo, ¿no es verdá? Digan con libertad si no escierto que yo la inventé. Hablen, y al que me diga que no es verdá lo reviento á patadas— Hablen con franqueza.

Parece que ninguno de los presentes quiso hacer uso del galante ofrecimiento.

El que primero había dicho que se leyera la Constitucion, continuó:

—Excmo. Señor. Nadie habla, porque la verdad que mana de los lábios de V. E. es tan evidente, como es brillante la aureola de luz que el génio deposita en este instante sobre la cabeza de V. E.

—Qué! interrumpió el General llevándose las manos á la cabeza.—¿Me estoy quemando? Pues ni he *pitao*.....

—Nó, Excmo. Señor. Hablo figuradamente. Jamás en mi larga carrera pública, durante la cual he visto desfilar ante mis ojos muchas notabilidades, jamás ninguna rayó tan alto como V. E. Y solo por una gracia especial como la del Espíritu Santo que descendiendo sobre los apóstoles, hombres incultos y groseros, los hizo omnicientes en un instante, solo así puede explicarse que V. E. no cometa falta alguna, en todo acierto, su juicio sea siempre exacto, sus vistas profundas, y todos los ramos del saber humano le sean igualmente familiares, y sobre todo hable, aunque no lo sepa..... quiero decir, que parece que sin preparacion hablase y asombra á todos los que aquí están presentes, como asombrará á los que no lo están, cuándo lean lo que nosotros publicaremos que V. E. ha pensado y ha dicho.

El General Presidente se inclinó al oido del que estaba á su izquierda, y le dijo:

—No entiendo jota. Pero se me hace que me está embromando.

—No, Excmo. Señor! Es exacto cuánto dice; ¿no vé V. E. que es Doctor?

El que llamaban Doctor continuó:

—Así que V. E. ha dicho perfectamente. Para este caso ya hay una Constitucion.

—Yo no he dicho nada—observó el General cándidamente.

—Oh prodigo!—continuó el Doctor.—V. E. está bajo el amparo de un don especial.—No dice nada, y todos oimos grandes verdades.

—Eso sí:—dijo el General.—Se las he de decir grandes.—¿Y donde está ese libro?

—Por ahí, Exemo. Señor; se le puede pedir al portero.—Mandaron pedir el tal libro, pero no se encontró en la casa ningun ejemplar, pues hacía tiempo que no se necesitaba.

El Doctor entonces expresó que no era indispensable, que él recordaba lo que el libro decía.

—¿Y qué dice?—preguntó el General.

—Dice, Exemo. Señor: Que el Presidente desempeñará el Poder Ejecutivo de la Nacion, y tendrá para la atencion de las secretarías á otros individuos llamados Ministros, y que, por fórmula no más, firmarán.

—Ah! Bueno, por fórmula no más, pase—dijo el General.—*Pa* nada los necesito yo.

—Pero, Exemo. Señor—agregó el Doctor.—V. E. es como el Dios del Olimpo; no puede prodigarse, no puede ir á dar explicaciones á las Cámaras, no puede abocarse con todas las personas y con todos los asuntos; no puede estar en todos los Ministerios, y en la Contaduría, y en la Tesorería á la vez.

—Es verdad,—dijo el General.—Yo quiero estar

en la Tesorería y tendré *Menistros pa* mandarlos..... á todas partes, y *pa* que reciban y hagan cumplimientos, y *pa* que me saquen el lazo cuando me convenga; en fin *pa* todo servicio, menos *pa* mandar, que *pa* eso yo solo soy bastante.

—Es claro! Excmo. Señor.

—Entónces voy á señalarlos. ¿Cuantos se necesitan?

—La Constitucion dice tres.

—Entónces—dijo el General—yo todavía quiero ser mejor que la *custitucion* y voy á señalar... cinco.

—Que talento!—dijeron todos.

—Vos *dotor*—dijo el General al que había hablado, contando y señalando con el dedo á cada cual á medida que los iba nombrando,—serás ministro *pa* todo el *bochinche* con los *gringos* que se me van á venir encima.

—Gracias! Acepto, Excmo. Señor, el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores con que V. E. se ha dignado honrarme y le aseguro que....

—Bueno! *Dejáte* de arengas.

Vos aunque medio gringo—le dijo á otro—tambien *sós dotor* y estarás *pa* todas las embrollas de los departamentos.

—Gracias, Excmo. Sr., *per il ministero de Governo* con que V. E. *mi fasvorisce*.

—Vos—continuó el General—encarándose con otro individuo amarillo, sucio y desgreñado,—has de saber sacar cuentas, y aunque *sós portugués*, te nombro *pa* eso.

—Muito obrigado, Exmo. Señor, como ministro da Fazenda....

—Alto ahí! No se te haga sustancia. Vos no sós Ministro de Hacienda; estarás pa sacar las cuentas como yo te digo que quiero que salgan.

—Está direito. Exmo. Señor, Por em algum nome tenho de ter. Si ó senhor quizer, posso ser ministro da guerra encarregado das contas geraes.

—Já! Já! Já!—Miren que Ministro de la Guerra! No embromés fanfurrinha. Bueno, llamáte así no más, Ministro de Hacienda.

—Muito obrigado, meu senhor.

—Vós—dijo á otro Quasimodo que allí había—vos vás á ser Presidente de la Plaza de Toros.

—Exmo. Señor,—dijo el hombrecito rechoncho y picado de viruelas, á quien el General se dirigió.—Para eso no se necesita ser ministro.

—Es verdá! Pero si tenés una facha de torero tan linda! Sabés que todos te dicen así?

—Lo ignoraba, Exmo. Señor.

—Pues sabélo. Bueno. Te voy á nombrar.... ¿para qué diablos servirás?.... Te voy á nombrar pa el Tribunal de Justicia.

—Yo no soy letrado, Exmo. Señor.

—Ah diablos! Entónces como yo no sabés escribir.

—Sí señor! sé escribir, pero no soy abogado.

—Ah! Entónces podés servir para arreglar los Juzgados.

—Eso sí, Exmo Señor. Y agradezco el Ministerio de Justicia, Cultos é Instrucción Pública....

—Ché! Ché! Ché! *No dispare tanto.* ¿Ya querés tres ministerios *vos* solo?

—No, Excelentísimo señor! En todas partes están unidos.

—¿Es *verdá* eso?—le preguntó el General á otro.

—Es cierto—le contestaron.

—Bueno! Pues entonces ya que esos se tienen que vender al montón, tomátelos,—dijo el Presidente.—¿Pero entonces vos tambien *sos flaire* y maestro de escuela?

—No, Excmo. Señor!—respondió el nuevo ministro.—Pero así como para ser ministro de Justicia, hemos convenido en que no se necesita conocer las leyes, tampoco para serlo del Culto hace falta el derecho canónico ni otra preparación, ni para arreglar las escuelas es indispensable ser ó haber sido maestro de ellas.

El General pareció convencido, sin duda considerando que para sentarse él en donde estaba, nada había tenido que aprender, y continuó:

—Está bien, *vos* harás como ministro de todo eso.

Y *vos*,—dijo á otro que se hallaba en un rincón hosco y callado,—*vos* vas á ser ministro de la Guerra y de la Marina.

—Bueno!—dijo no mas el nombrado.

El General se quedó mirándolo de soslayo, y entre aquellos dos tipos se cruzaron miradas felinas que parecían decir, la una: apenas no me convengas te separo y te aplasto. Y la otra: acepto por ahora.... despues veremos.

— Ya hemos trabajado bastante,— dijo el Presidente.— Ahora voy á ver los cajones de los mostradores de todas las oficinas en que se reciba plata, y á hacer *repeluz* de cuanto *hayga pa* las fiestas que me voy á dar por mi nombramiento.

— A ver,—añadió,—búsquenme un changador *pa* cargar lo que *hayga*.

— Yo Excmo. Señor,—dijo uno.

— *Vos galleguito!*—dijo el General.— Tan chiquitito!

— Si me falta estatura, Excmo. Señor, me sobran agallas; y tengo sangre bastante para dar hasta la última por V. E.; mi inteligencia está á su servicio....

— Bueno, serás mi secretario. Vení conmigo ahora *pa acarrear* todo lo que *hayga*, después todos los *mandaos reservaos* me los harás *vós*, y me escribirás lo que yo tenga que escribir. Tambien de cuando en cuando me harás unos versitos, milongas ó peteneras. ¿Sabés tocar la guitarra?

— Aprenderé, Augusto Soberano.....disculpe V. E.... aprenderé, Excmo. Señor; pero sé cantar y bailar y haré todo lo que me mande.

— Bueno, señores. Ya está *nombrao* todo el Gobierno y me voy.

— Yo me quedo para comunicar á las naciones extranjeras el fausto suceso—dijo el Ministro de Relaciones.

— *Anche io ! per indirezzare circolari á gli Departamenti,—*añadió el de Gobierno.

—Eh bem! Eu fico para triar as minhas contas,—dijo el de Hacienda.

—Y nosotros—añadieron los de Justicia y Guerra. Sonaron las músicas en la Plaza. Batuecas tenía un Gobierno.

Los carneros iban á ser esquilados.

Ninguno balaba!

II

Principios de Gobierno

Había pasado algun tiempo, y sin embargo duraba todavía la orgía política de aquel pobre país.

El General había sido ya *declarado* por sus cámaras *Teniente General*, y lucía nuevo disfraz, de *tercio-pelo azul* recamado de oro.

—Ya que ~~he~~ mos ~~sido~~ *paraos*—dijo ese *Teniente General* un dia ~~en q~~ se hallaba rodeado de sus ministros,—des ^{bues} de la *farra* que nos han metido esos *gringos*, por unos cuantos *guantones* que les pegaron en la *Policía* á unos *carcamanes*, y por aquel otro *gallego* que dicen no se encuentra, y por aquellos otros *fanfurriñas* que se *limpió* un hermano mio por allá por la frontera, podemos tratar de los negocios de Estado.

—Sí,—dijo el de las Relaciones Exteriores.—V. E. como siempre tiene razon. Yo he asistido á este acuerdo general.....

—Cómo! ¿Acuerdo se llama esta *riunion*?

—V. E. lo ha dicho, Excmo. Sr.—contestó el interpelado.—He asistido solícito á este acuerdo, por-

que presiento que de algo grande quiere hablarnos V. E.

—Sí. He *pensao* que necesitamos plata. Vds. han *estao ocupaos* de muchas cosas, pero yo necesito plata; estoy *cortao*.

—*E verdade*—dijo el de la Fazenda.—*Tudos estamos do mesmo feitio*.

—¿A ver un negocio de Estado?—agregó el Teniente General.

—*Sinhor*—dijo el de la Fazenda—*As dívidas do Estado estao desatendidas, os acreedores da Nação não me deixão descansar.....*

—Y eso que me importa!—interrumpió el Presidente.—Yo hablo de *negocios de Estado*, de un negocio que pueda hacer yo que soy el Presidente, es decir, grande, como corresponde al jefe del Estado y á la Nacion que soy yo!

—Bravo!—dijo el de Relaciones.—Eso es hablar. Esas son las doctrinas adelantadas de Gobierno.

La Nacion es la suma de individuos: sus intereses son los de la colectividad: la colectividad se compone de todos y cada uno de los habitantes de la República: atendiendo á los intereses de todos, se atiende á los intereses de la República.

Para atender á todos empezemos por algunos, y estos deben ser los mas encumbrados. El primer ciudadano es el Presidente de la República.

Atender á sus intereses particulares, es atender ya á parte de la colectividad. Atendamos, pues, á sus intereses, y se habrá atendido á los intereses del Estado.

—*Meu amigo*—le dijo el de Hacienda ál de Relaciones—*vosé se esquese de nós? Metámonos taobem.*

—No sea bárbaro—le fué contestado. Eso ya vendrá por sí solo.

—Secretario! Secretario!—gritó el Presidente.

—Está en la Secretaría, Excmo. Señor. V. E. puede llamarlo por el timbre eléctrico que tiene á su derecha, sobre el bufete.

Entonces el Presidente reparó en un elegante cañoncito que sobre su mesa se hallaba y sobre cuyo oído estaba el botón del timbre.

—Aplicando sobre ese botón....—dijo uno que notó la perplejidad del Teniente General.

—Cállese, no sea bruto! ¿Cree que no sé lo que tengo que hacer?

Y sacando seriamente del bolsillo una caja de fósforos, encendió una cerilla y aplicó la llama al oído del cañoncito, creyendo sin duda que con el disparo tenía que llamar á su secretario.

Todos se miraron, hasta que uno de los ministros, aún á riesgo de quemarse los dedos, oprimió con éstos la llama y la apagó sobre el botón eléctrico, el que, dando entonces el aviso al Secretario que en ese momento tenía, por *casualidad*, una copita de ginebra en la mano, hizo que aquel diese un salto, tirase el vaso, y diciendo:—El viejo me llama,—saliese como alma que lleva el diablo.

—Presente, Excmo. Señor—dijo al llegar jadeante á la presencia del General.

—Qué estabas haciendo? Ya estarías *chupando*?—le dijo éste.

—No, Exmo. señor—estaba escribiendo aquella cartita que V. E.....

—Bueno! *Calláte: mirá; copiáme* en un papelito lo que te va á *editar* el ministro.

—Diga,—continuó dirigiéndose al de Relaciones Exteriores—lo que ahora me ha dicho *respeuto* á que yo soy el primero de la Nacion, y mis negocios son los mas grandes negocios de Estado que se pueden tratar.

—Está bien—replicó el Ministro y le dictó, en términos aún mas serviles, la teoría que acababa de desarrollar hacia un momento.

Cuando hubo concluido, el General le dijo:—Fírmeme eso.

—Pero, Excmo. señor, no me parece ser necesario—objetó el Ministro adulon.

—Sí, quiero que lo firme.

Y el Ministro firmó.

—Está bien, señores ministros—exclamó el Presidente arrellanándose en un sillón de negra madera, esculpido, coronado por un escudo nacional de la misma madera y color, que sin duda expresaba que la Nacion llevaba luto por su dignidad que asesinaban con semejantes escándalos.

—Vamos á tratar de un *negocio de Estado* mio. Y tambien habrá para Vds.

El de Relaciones Exteriores tocó con el pié al de Hacienda, como expresándole: «¿No se lo dije á Vd?»

—He sabido que hace muchos años, no sé cuantos, —añadio el General—tuvimos una guerra á la que

fuimos con otros dos compañeros y echamos abajo á un tirano.

En esa guerra los batuecanos hicimos muy buen papel: pero gastamos mucha plata y perdimos mucha gente, y entre ésta jefes que dicen eran unos valientes.

Esto como ha de ser!—Lo *pasao, pisao*; pero lo principal de todo es la plata; y ahora quiero cobrar lo que gastamos entonces, que serán unos cuantos millones.

Aquí el General fué interrumpido por un accidente.

El de Hacienda dió tan gran brinco al oír hablar de millones en que podía llegar á tener parte, que rompió la silla en que estaba sentado.

Repuesto de la emoción, y restablecido el orden, el Presidente continuó:

—Esos millones debemos cobrarlos *pa nosotros*. Yo tomaré *nada mas que tres partes*, y la otra será *pa Vds.* ¿Pero cómo haremos? Eso es lo que quiero que arreglemos ahora.

—Excmo. Señor—dijo el de Relaciones Exteriores que desde un principio llevaba la batuta en aquel concierto Manghi.—Lo primero es saber cuánto debemos cobrarle á ese país: después indicaré á V. E. el medio de hacer efectivo el cobro.

—¿Y cómo diablos lo sabremos?

—Por los asientos del Ministerio de la Guerra y Contaduría—dijo el de Relaciones,—se podría....

—*Es verdá!*—exclamó el Presidente.

—*Y depois*—agregó el de Hacienda—*arranjamos*

tudo con un pouco de imaginaçao, por que é melhor botar un pouco demais pe las duvidas e as rebaixas e as contemplaçoes.

—Ah, portugués diablo!—dijo el Presidente—ya te estás preparando. Bueno, *ponéte* de acuerdo con el de Guerra y Contaduría, y *tráigamen* todo el pastel hecho.

—Aprobado! Aprobado! — exclamaron todos,— é inclinándose fueron saliendo, con excepcion del *Secretario íntimo*, que á pedido del Presidente quedó!

—¿Que tal?—le dijo éste cuando estuvieron solos y á puerta cerrada;—¿hiciste ya los versos y la carta?

—Sí, Excmo. señor—contestó el Secretario—y creo que han de agradar á V. E. y á la distinguida dama.....

—*Calláte* bárbaro! que nos pueden oir. ¿Por qué *decís* distinguida? ¿Porqué es primera dama?

Llamaron en esto á la puerta. Eran los ayudantes de sala que acosados por los acreedores, viudas, inválidos, jubilados, etc., que habían acudido por ser dia señalado para audiencia, venían á decir que ya no podían resistir al tropel que cobraba anualidades enteras que se les debían.

Entreabrió la puerta el Secretario, y despues de enterado de lo que ocurría y guiñando el ojo al Presidente, contestó á los ayudantes:

—Dice S. E. que la audiencia ha terminado, que él ya no puede recibir porque se halla ocupado por graves negocios de Estado.

Y volvió á cerrar la puerta diciendo:

—¿Quiere V. E. que le lea los versos?

—Bueno, *leélos*, pero sin dejo gallego *pa* que los comprenda.

Se pusieron á leer y al poco rato, al través de la puerta se oian las carcajadas del General.

Los desgraciados solicitantes desfilaban cabizbajos y algunas pobres madres que vinieron á buscar pan para sus hijos (huérfanos de grandes servidores de la patria) al oir las carcajadas, lanzaban terribles maldiciones al indigno General, maldiciones en que, ciegas de ira, pedian al cielo castigo para él y para su esposa y hasta para sus hijos inocentes.

Los que las escuchaban tentan que perdonarles esos desahogos.

¿Qué culpa tienen los hijos de las faltas de los padres?

Mas de una de aquellas pobres viudas que habían pasado el dia á espera del Presidente, al salir caia desfallecida por el hambre y el dolor, y rodaba las escaleras de la casa de Gobierno, de donde la empujaban á la calle los porteros y guardianes, *para que no estorbase el paso!*

III

Los ócios de un tiranuelo

ESTUDIOS EN SU MUSEO

La República de Batuecas mandada por el Teniente General, situada en un pedazo de privilegiado suelo, seguía viviendo en fuerza de sus grandes elementos naturales y á pesar de lo que el Presidente hacía para chuparle hasta la última gota de su sávia.

La poblacion había emigrado en gran parte, sus ciudades morían de inanicion, y en las calles crecía la yerba.

En esta última poblacion todo era tristeza y desolacion, pues la miseria dominaba por falta de trabajo, y los producidos de las rentas públicas eran recogidos diariamente de órden del General por aquel célebre secretario que se los llevaba á su amo.

Cuentan que éste le pagaba su comision de un modo muy chistoso, que recordaremos luego.

Los extranjeros que arribaban á aquellas playas, se preguntaban asombrados si era aquel el pueblo heróico que los antiguos relatos presentaban tan viril, indómito y altanero.

Querían pasear sus calles y eran seguidos por los esbirros del Poder, pues el General parece que perseguido por su conciencia habíase vuelto desconfiado, hasta el punto de no comer ni beber sin que otro lo hiciera primero del plato ó de la copa que le brindaban. Su sueño cercado de visiones en que dicen se le aparecían los espectros ensangrentados de sus víctimas, era intranquilo, obligándolo á saltar del lecho apenas los primeros rayos del dia furtivos penetraban por las rendijas de las bien cerradas ventanas del Palacio que había edificado en la Capital.

Los extranjeros, decíamos, paseando aquellas desiertas calles, preguntaban cuales eran las curiosidades que podían verse en la ciudad, á sus raros y macilentos habitantes, y solo les mostraban un *manicomio* y un *cementerio*, como si aquellas construcciones fueran las únicas que se necesitaran; dando á entender así que en la Capital de Batuecas el que no moría se volvía loco.

El payasito del Presidente por eso decía á las viudas y desvalidos que iban á pedir audiencia:

— Vuélvanse Vds. En este país solo hay dos profesiones, ó la de *loco* ó la de *muerto*.

Mas diz que solían generalmente contestarle:

— Sí; mas la que priva porque goza del favor oficial, es la de *ladron*.

El payasito se daba vuelta, tarareando alguna cancioncita de la escuela de su amo, como la que empezaba diciendo:

No me vengas con zonzeras
Que me duele la cabeza, etc.

y contoneándose se retiraba pensando como progresan las letras cuando los pueblos son mandados por grandes hombres.

El Teniente General mataba..... sus ocios viendo algunos gallos de riña que cuidaba, palmeando sus caballos de raza, visitando sus caballerizas *guarangamente* suntuosas, ó tambien, en ciertos momentos, encerrándose en *su museo*, como él llamaba á una sala en que sin orden ni concierto se veian cuadros, macetas, bustos, estátuas, *riendas* trenzadas, un *reclinatorio* forrado de cuero de Rusia y que el Teniente General decía que era *pa ayudar á montar á caballo á su señora*, varios uniformes bordados en cajas con tapas de vidrio y puestos bien en evidencia, armas de fuego descargadas, porque el Teniente General no era afecto á ellas, prefiriendo el *facon* y la daga, mas seguras y menos bulliciosas.

—A éstas estoy *acostumbrao*—solía decir en sus expansiones—y me gustan porque sin que diga Jesús, *se le dá el güelto á cualquiera*, y despues que avirigüen.

En esa sala se encerraba á buscar inspiraciones, á estar solo con él mismo, y á quejarse.

—Ah mi padre!—dicen que se le oyó esclamar alguna vez.—Si en lugar de castigarme metiéndome á carretillero, me hubiese *encerrao* en una escuela! No pasaría tantas vergüenzas, y no tendría tanto odio á todos, porque todos saben mas que yo.

Y quedaba meditabundo. Luego, paseándose contemplaba los diferentes bustos, grupos, bronces y

pinturas que los palaciegos habían amontonado allí como ofrenda á su señor.

Dice el manuscrito, que alguna vez se detenía ante un busto de Byron, y exclamaba:—Si yo supiera pintar como éste! Pintaría mi comedor como dicen él pintó la bóveda *del Vaticano*.

Se paraba luego delante de otra estatua que lo representaba á él á caballo, y que se hallaba colocada frente á una tambien ecuestre de Napoleon I.

—Ahí estamos los dos! Somos iguales; los dos estamos á caballo y hechos de bulto.

Y siguiendo su paseo, iba hasta donde un bronce representaba á Edison dando vuelta á la manivela de su fonógrafo:

—Ah! este sí que me gusta. Si yo supiese la música, y tocase como él, y pudiera inventar de esos órganos! Qué milongas no tocaría! Pero ese no sabrá hacer otra cosa, y yo se muchas.

Por donde siempre, dice el manuscrito, concluía, era por dos terracotas que había puesto en primer término, y representaban á *un inglés flirtando á una cocota* que se halla sentada en otra silla, y parece se encontrasen en un parque ó paseo público de Europa,—Cuando yo vaya por allá, ya verán cosa buena —decía.—Prepárense, *gringuitas!*

—Se me hace agua la boca!—y sacando un puro de su petaca lo encendía y volvía á sus paseos.

En uno de estos soliloquios se hallaba una vez, cuando dieron á la puerta discretos golpecitos:

—¿Quién es? preguntó.

—Soy yo, Exmo. Señor,—dijo una voz humildemente.—Traigo lo que V. E. me mandó buscar á la aduana.

—¿Y cuanto *trais*?—agregó el Presidente abriendo la puerta y encarándose con su secretario, pues era él quien llamaba.

—Veinte mil pesos fuertes,—contestó.—He dicho que V. E. mandaría despues el recibo.

—Está bien,—dijo el general.—El recibo dalo *vos* no mas, y sino que se lo pidan á mí *agüela la tuerta!*

—Qué ocurrente es V. E.!—le contestó el secretario sonriente, agregando luego:

—Casi todo está en papel, con excepcion de algunas libritas que había y tambien las traje.

—¿Cuántas son?—preguntó el General.

—Ochenta, Exmo. Señor.

—Ah! *sarnoso*,—le dijo el interpelante para quien esa palabra era favorita.

—Ya te conozco. Bueno, *traélas* y me entretendrás un rato como sabés.

El secretario puso un lío de billetes sobre una de las mesas, y en una bolsita entregó las libras á su señor, yendo luego á cierta distancia de él y poniéndose en cuatro piés, medio en cuclillas para imitar mejor el animal que quería representar, empezó á dar quejidos como las ranas en tiempo de sequía ó de próxima tormenta, y dijo:

—Aquí está el zapito de V. E. Huauu! Huauu!—y abrió tamaña boca.

El Presidente reía á mandíbula batiente, y dicien-

do: á ver si emboco, empezó á arrojarle de lejos y con fuerza las monedas que muy rara vez entraban en la boca de aquel histrión, dándole ya sobre el rostro, ya en la cabeza, sin que el *zapito* las perdiése por eso, pues aun en el aire las barajaba y se despatarraba para alcanzar las que habiendo chocado en él saltaban algo lejos.

El Presidente, luego de unos minutos, se cansó del juego y le arrojó la bolsa con el resto de monedas que conservaba; y tomando el lio en billetes se dirigió á otras habitaciones.

El *zapito* permaneció aun mirando si por los rincones quedaban algunas monedas perdidas, y en seguida fué á mirarse el rostro en un espejo que allí se encontraba, pues tenía el desgraciado un ojo amarillento, por haber sido varias veces el blanco á que el jugador había dirigido con preferencia sus tiros.

El miserable se palpaba, y después echando una ojeada en torno suyo y con cautela, sacó del bolsillo un rollo, y guiñando el ojo cual era su costumbre, dijo muy bajito:

—Hice bien en guardarme estas otras monedas, porque sino el muy roñoso, no me las hubiera dado ó me hubiera roto la cara con todas ellas.

Y escondiendo rápido el tal rollo se restregó las manos satisfecho.

Pobre Rigolet!

En esa ocupación se encontraba, cuando un ayudante vino á decirle que avisara al Patron que acababan de entrar los ministros.

Costumbre era del tal Presidente, celebrar sus acuerdos, ya en su casa, ya en sus caballerizas (sentado él tomando una infusion que llamaban mate, y los demás descubiertos y de pié en derrededor); ya en el patio ó en la cuadra de un cuartel, ya en fin en en casa de alguna dama *distinguida* á quien él protegia, y á la que se refería, sin duda, cuando en el primer capítulo se dice preguntaba á su secretario si le había hecho los versos.

Cuenta el manuscrito que cuando en este último punto se reunían, los citaba á sus ministros dos horas antes de aquella en que él pensaba concurrir, y que la dama en cuestión hacía los honores del salon, y cantaba alguna romanza erótica, ó tocaba en el piano algun nocturno, siendo aplaudida por los ministros que la iban luego á besar la mano.

Uno de ellos, el mas viejo ó mas astuto cortesano, dicen que al ver entrar al Presidente, que ya sabía pedir excusas por haberlos hecho esperar, solía exclamar: V. E. á la dicha de verlo, agrega la de que podamos gozar de los encantos de esta sala, del que esta notable dama ha sabido hacer un nuevo salon de madame Récamier.

Lo *culti-parlado* de esa frase juraba contra la que la seguía, dicha por el General:

—*Andáte pa dentro, si querés, chinita,*—le decía el General;—aquí *podés* estorbar.

—Oh! Exmo. Señor—esclamaban todos—nada de eso, esta señora no molesta.

—Bueno, *quedáte* entonces.

Y la *señora* quedaba, y los ministros y el General con ella, y á su lado dos niñitos pequeñuelos á quienes el General llamaba «Los Gracos», sin saber lo que decía y acaso recordando otro grupo de su museo.

La *señora* se tendía, mas que se sentaba sobre el sofá.

La cola de su rica y finísima *matinée* rosa cubierta de encajes, era arrojada por ella *sobre todo el Gobierno* allí reunido, y luego caía al suelo en graciosas espirales sobre la alfombra.

Cruzaba la dama la una sobre la otra pierna: hacía jugar en el aire su pié diminuto metido apenas en una babucha descalzada de terciopelo carmesí, y que mostraba en su parte superior bordado en letras de oro el monograma del General. Aquel sitio había elegido la dama para ponerlo.

Un *King Charles* saltaba al lado de su *señora*, y ésta buscaba en donde apoyar el otro pié, hasta que uno de aquellos.... ministros, solícito venía á ponerle un almohadon.

—Bueno! ya estamos—decía el Presidente;—aquí podemos *pitar*. *Pítá vos* tambien con confianza,—decíale á la *dama*.

Otro ministro acercaba á ésta una mesita que allí cerca se hallaba y él ya conocía, y presentaba á la odalisca un cigarrito de papel que ésta graciosamente colocaba en un ángulo de su boca, y encendiéndolo luego á la llama de una cerilla que otro.... Ministro le aproximaba diciéndole: *un brichetto, signora!*—ya

estaba en carácter aquella nueva madama Récamier, mostrando por su actitud, por su traje, maneras y costumbres de adonde venía y quien era.

Estaba completa la reunion y el *acuerdo general* de Gobierno podía empezar.

IV

El Negocio de Estado del Teniente General

Parece imposible que la ilustracion y las claras inteligencias puedan ponerse al servicio de un déspota ignorante. Parece imposible que abdicando el honor, el hombre ilustrado, concientemente use sus brillantes facultades intelectuales para amoldar á la voluntad y á la avaricia de un tirano vulgar, los sagrados preceptos de la ley y los santos principios de la moral universal.

Y sin embargo, por lo que el manucristo reza, en la República de Batuecas se produjo un nuevo ejemplo de esa degradacion de alma, que convertía á los consejeros ó supuestos ministros, en máquinas pensantes, destinadas á hacer posibles los más desatinados deseos del amo, y á realizar sus más bastardas aspiraciones.

La escena que siguió en cierta ocasion á los preparativos bosquejados en el capítulo anterior, prueba el punible abandono que los hijos de la República de Batuecas hacían de sus deberes, y cruzados de brazos presenciaban impasibles el asesinato de su

libertad y de sus prerrogativas de ciudadanos, sobre las que se había alzado un saltimbanqui, que así se decía jefe de un partido político, en el que jamás militó y al que nunca prestó el servicio más insignificante, como se llamaba Jefe del Estado, señor de *horca y cuchillo de la mesnada batuecana.*

—Veamos—dijo el Teniente General á sus Secretarios de Estado—veámos que me traen.

—Excmo. señor—repuso el de Relaciones—mi colega de Hacienda ha formado ya de acuerdo con el de Guerra y con los datos de Contaduría, un estado, obra maestra de Contabilidad, en que con claridad innegable y apoyada en documentos auténticos, se llega á conocer lo que la República de Batuecas gastó en la santa guerra contra aquella Nación que ayudó á libertar de su tirano y que ya no existe.

—¿Y entonces á quién cobramos?—objetó el Teniente General, con esa clarividencia que lo distinguía, para juzgar de los asuntos de dinero.—¿A quién cobramos si la Nación no existe?

—He explicado mal el pensamiento y mi frase no es correcta, Excmo. señor, dijo el Ministro;—al decir que no existe, no me referí á la Nación deudora, sino á su tirano, que murió en la contienda.

—Acabáramos—repuso el Presidente—se me ha vuelto el alma al cuerpo.

—¿Cuánto tengo que cobrar?

—Aquí está la cuenta, Excmo. señor.

Todos se inclinaron á ver la suma adeudada.

—Bueno! Superior!—dijo satisfecho el General,

despues de mirar el Estado,— siempre son unos cuantos millones de pesos; ¿y cuando podre recibirlos?—preguntó al de Hacienda.

—*Vossa Exelença quera disculparme*—respondió éste
—*O meu colega de Relações é o encarregado natural de este assumpto, por ser elle o dos Negocios Estrangeiros. Conheço o seu plan, e acholo admiravel.*

El de Relaciones se inclinó agradecido y mereció como premio de su plan, aún desconocido pero ya alabado, que la Mesalina á cuyo lado estaba, le diese un cariñoso golpecito en la mejilla con la pantalla perfumada que tenía en su mano.

El viejito que sintió recorrer por todo su cuerpo cual onda eléctrica, la caricia de la *dama*, la miró con ojos de venado, y dijo hablando al Teniente General:

—Como V. E. desea oír mi opinion, desautorizada siempre, cuando la de V. E. debe escucharse despues para confundirme, porque sé que será como todo lo que V. E. concibe en su sabiduría, obedezco y voy á expresarla.

La Nacion deudora es pobre en especie.....

—¿En qué especie?—pregunto el Teniente General.

—En especie metálica, en dinero; supérfluo fuera ir á reclamarlo en moneda; pero esa Nacion, aunque diezmada y pobre cual la guerra la dejó, tiene su independencia, su autonomia..... y *sobre todo, su territorio disponible.*

Sus campos son feraces, sus bosques riquísimos, sus producciones especiales: luego podríamos pedir que reconociera la deuda y pagara en tierras (tasadas por nosotros) el importe de su deuda.

—Muy bien!—dijeron todos, menos el Presidente.

—Facil es conseguirlo y para ello mandando un Ministro plenipotenciario podría arreglarse todo—agregó el Ministro.

—No veo bien claro—dijo el Presidente—siga explicando *pa que es ese menistro*.

—Obedezco, Excmo. Señor—Yo no opino que deba darse á nadie *jamás*, facultad para arreglar sino *ad referendum*. Esto tiene la ventaja de no comprometer al que dá el poder, y además le permite terminar el negocio, y dando un puntapié al intermediario, no pagarle comision, lo que evita troca-tintas.

Mandaríamos un Ministro Plenipotenciario, por lo retumbante del nombre y para imponer al deudor: pero el verdadero negociador sería siempre V. E.

—Así quiero serlo siempre—gritó el Presidente—yo como hasta hoy haré lo que se me antoje, pues para eso soy Jefe del Estado, elegido por mi partido con toda *libertá*.

—Es claro, Excmo. Señor—se apresuraron á decir todos.—V. E. puede hacer lo que le dé la gana y arreglar todo como mejor crea conveniente.

—*Para isso*—añadió el de Hacienda—*o povo en quem radica a soberanía á delegao en Vossa Excelencia. Elle ya nada tem que fazer nen entender; a sua personería extinguióse. E o mesmo que si estivesse morto.*

—Exacto—dijo el de Relaciones.—Nosotros lo dainos por muerto—Prosigo: enviado el Ministro, arregla el *quantum* de la indemnizacion y el precio del terreno, y elige el paraje en que se nos ha de dar....

—E'anche—interrumpió el de Gobierno—*pno cercare qualche compradore.*

—Y pa que comprador?—exclamó el Presidente— · no seas bárbaro ¿no vés que plata ó tierras yo las quiero ?

—Oh! domando perdone, *Exelenza.*

—Sigamos—dijo el General.

—Por ahora nada mas creo que deba hacerse— continuó el de Relaciones—para despues tengo tambien mi proyecto;—necesitamos abrir las negociaciones y reducir sus preliminares á protocolos, y tener todos los antecedentes con el Tratado *ad referendum* en el que lo principal será dejar constatado el monto reconocido á la deuda y el modo de pagarla, y el paraje en que se tomarán los terrenos.

Para esto último daremos instrucciones muy minuciosas y le marcaremos al ministro en un plano adonde queremos los campos.

—Que tengan buenas aguadas y sirvan *pa* invernadas y *pa* criar hacienda,—dijo el Teniente General, sin perder el rumbo.

—¿A quién nombrará V. E. para eso?—dijo el de Relaciones.

—A.... X.,—contestó rápidamente el Presidente,— es un mozo vivo....

—Y leal,—añadió el de Hacienda.

—Dejemonós de lealtades,—le replicó el General,— que son una pavada. De eso no hay que hablar.

Y calló, inclinando sobre el pecho la cabeza, como si su conciencia lo acusase de alguna *gran deslealtad.*

Era la primera vez que se le veía así enmudecer.

Todos quedaron cabizbajos: pero vino á sacarlos de esa penosa situacion la dama, que dijo:

—*Per Dio! Si van dormire? Io sono stanca! Basta! Lasciamo tutto per un'altra volta*—y soltó una carcajada.

—*Si puó enviare quello signor con la sua lezzione, ben studiata ed..... avanti!*

Púsose de pié palmoteando.

El Presidente desarrugó su ceño; los demás lo miraron y se sonrieron entonces tambien.

—Tiene razon—dijo el Presidente, dirigiéndose al de Relaciones.

Ya está todo arreglado. Lleven á firmar el Decreto nombrando á X y preparen las *destrucciones* esas que dicen, *pa* que yo las lea primero, y se acabó.

Vámonos.

Todos empezaron á despedirse de la dama, y dirigiéndose al Presidente le preguntaron:

—V. E. nos honra con su compañía? Entonces dignese precedernos, le seguiremos como su humilde escolta que somos.

—*Ah non!*—interrumpió la dama—*Tutti posonno andarsi, ma lui non. Mio piccolo cane resta con me. ¿Non é vero mio diletto?* añadió la amable Récamiér dirigiéndose al Teniente General, que zarandeándose y quebrándose cual si le pesáran las espuelas, fué hasta la puerta y despidió á los ministros, regresando amartelado al lado de su *Diva*. Al volver ella le dijo:

—*Mi darai un pezzo di campaña, grande, grande per me sola? ¿Eh mio caro?* y rodeando con un brazo el cuello del jóven General, con la otra mano le acariciaba la brillante pera que apestaba á *patchouli*, perfume predilecto de los compadritos.

PARTE SEGUNDA

I

Los contratos ad referendum y la devolucion de los trofeos

Había pasado un año.

El Ministro Plenipotenciario había vuelto con el Tratado *ad referendum* y cuentan que se negó á proseguir en la negociacion, por lo cual para alejarlo, ya que podía comprometer con su impertinente pudor, decidióse mandarlo á otros apartados países con el mismo carácter diplomático.

Se celebraba el acuerdo, el día en que esta historia continúa en su segunda parte, en el *Cuartel de la escolta del Presidente*.

Eran las ocho de la mañana. Media docena de carruajes estacionaban frente á la puerta del cuartel, y mas lejos, porque la guardia le impedía acercarse, había como siempre que el General entraba á cualquier parte, un grupo de menesterosos, viudas y em-

pleados, que andaban á la pista de una ocasion de poder abordar á S. E., á quien nunca podian hablar ni en su Palacio, ni menos en la casa de Gobierno, adonde rara vez iba.

El General, sentado en el patio, estaba taciturno, y todos de pié guardaban silencio en derredor suyo.

Los ministros se hallaban presentes.

El General habló el primero:

—Ya ven lo que hemos *sacao*. Si yo hubiera dirigido todo esto, otro gallo nos cantará.

Calló de nuevo el joven Teniente General, que como se vé habia adelantado mucho en su educacion, pues ya su lenguaje era otro, y hasta pujos de orador tenia en ciertos momentos, aunque en otros, cuando se hallaba escitado, su natural volvía de improviso y lo mostraba tal cual era.

Seguia *chupando* la infusion llamada en aquella época *mate*, y su mirada torva hacia recordar al protagonista de las negras hazañas que andaban relatadas de boca en boca.

Luego continuó:

—Ahí están los célebres tratados, nos ofrecen pagar en tierras; pero *no es á mi*, sinó á la República de Batuecas. ¿Qué saco yo con eso?

¿Qué me importa la República? Y lo peor es que ahora no podemos retroceder. Si dejamos esto así, se burlaría de nosotros el pueblo libertado y que maldito si me interesa.

Todos Vds.—añadió dirigiéndose á los ministros—son unos bestias, no hacen más que barbaridades.

—Pero Excmo. Señor—se atrevió á decir uno.

—Cállese Vd.—le gritó el General exasperado, dejándolo de tutear, lo que era signo visible de enojo.

Si yo hubiera *mandao* á mi hermano *pa* arreglar eso particularmente, como yo quería, no tendríamos estos *pangos*—Y ahora ¿qué hacemos?

—*Con permesso, Ecelenza*—dijo el de Gobierno—*posso parlare?*

—Hable Vd., con tal que sea en castellano—replicó el Presidente.

—*Ecelenza! Yo credo que el ministro de lo Stero...*

—De qué esteras?—dijo el Presidente.

—*Dei negozzi stranieri, Ecelenza, ha detto que aveva la soluzione in mano, ed io lo credo.*

No se ha perdido tutto, al contrario. Yo ho parlato con lui y sono convencido que con gran tacto l'afare está preparata.

—¿Cómo es eso?—interrumpió el Presidente.—Hable entonces el de Relaciones, porque á este gringo yo no le entiendo.

—Mi colega de Gobierno—dijo el aludido—me ha hablado en efecto y me ha comprendido. Su plan es magnífico, y creo que merecerá la aprobacion de V. E. Voy á desarrollarlo, si V. E. permite.

—Diga—contestó el General.

El de Relaciones continuó:

—La República deudora ha reconocido su deuda y nos la ofrece pagar con las mil leguas cuadradas que deseábamos.—Esto es lo principal.—El señor Ministro de Gobierno opina, y yo con él, que esta parte del tratado debemos aceptarla.

La República deudora dice que las entregaría á la de Batuecas; y eso lo modificaríamos fácilmente.

No podemos aceptar un pedazo de territorio lejano para hacerlo parte de nuestra Nacion; eso es absurdo; luego tendréfamos que venderlo.

—Pero es lo que yo no quiero!— gritó el irascible y vírgen militar.

—De acuerdo, Exmo. señor,—agregó el de Relaciones—y aquí es donde el plan de mi colega es admirable, y aquí tambien V. E. me permitirá que recuerde el tino con que V. E. autorizó al Enviado solo para firmar contratos *ad-referendum*. Puede hacerse lo siguiente:

Nosotros, cuál si nada necesitáramos, declararémos que la guerra que llevamos á la República deudora no fué contra esa nacion hermana, sinó contra el déspota que la esclavizaba y que sucumbió. Que en vista de esto apreciamos más la amistad, que unos cuantos millones de pesos, y que por lo tanto, *renunciamos á cobrarlos y damos la deuda por chancelada*.

—Qué está diciendo!—bramó el General, poniéndose de pié y acometiendo á su ministro.

Pero éste impasible, dijo :

—Déjeme terminar V. E. y creo tendremos el honor de satisfacerlo en sus justas aspiraciones—Cálmese V. E. Estoy relatando lo que mi colega piensa.

Perdonamos la deuda, ó más bien, la perdona V. E. *ostensiblemente*, y celebramos un Tratado de

alianza con aquel pueblo. Hacemos fiestas, y para sellar el pacto fraternalmente les ofrecemos *devolver los trofeos* que en la guerra nuestros valientes compatriotas, á la sombra de la bandera de nuestra Patria, conquistaron en el campo de batalla, en el que muchos hallaron gloriosa tumba.

Cálmese V. E.—repitió el ministro, que veía agitarse y temblar de rabia al tiranuelo General.—Cál-mese, que voy á terminar.

La República deudora—continuó—acepta: y entonces, *agradecida* á V. E. como iniciador de este gran pensamiento y dispensador de estas gracias, *le hace particularmente un regalo, le escritura personalmente á V. E. las mil leguas que ahora ofrece*. Este es el plan de mi colega.

El Presidente se sonrió y miró al Ministro de Gobierno, que estaba con la vista clavada en el suelo.

—*Vení pa acá, gringo pícaro*—dijole extendiéndole la mano.

El de Gobierno se abalanzó á la mano que se le tendía y tomándola entre las suyas, casi de hinojos la besó repetidas veces, teniendo los ojos preñados de lágrimas.

—*La magnanimitad de vostra Exelenza mi confunde*—dijo—*Vedo que le piace quello que ho imaginato.*

—Si! está bien urdido, y te perdono el mal rato que me has hecho pasar. *Hacé* que todo sea así, y ya te daré un buen pedazo. ¿Y no hay más que hacer? Díganlo ya.

Entonces el de Gobierno explicó el resto, pero como su dificultad en el idioma del país de que era Ministro hace largo y fastidioso el relato, preferimos extractarlo.

El Ministro no dudaba que se alcanzase el objeto, y partía del supuesto que juntando algunos sables viejos y cornetas abolladas y estandartes desconocidos, se haría *un lote* cuya autenticidad sería abonada por la solemnidad de que se revestiría al acto de ir á devolver esos trofeos de guerra, lo cual daría oportunidad para que el Ministro opinante ú otro de sus colegas, fuera personalmente en una comision de tilingos (testual) que se mandaría á la República deudora, y en cuyo viaje arreglarían todo el *escandaloso hurto que hacían á dos Naciones*.

La pillería de la negociacion y el pintoresco lenguaje del ministro, produjeron la alegría en todos los miembros de aquella nueva *cueva de Montesinos*.

—*E admirável*—decía el de Hacienda—á simplicidade e á exactitude da combinaçao.

—Verdaderamente lo es, y perfectamente arreglada á nuestra legislacion vigente,—añadió con enfasis el ministro de Justicia, que era mucho más lento de palabras que *de uñas*.

—Sí—gruñó el de Guerra, que solo hablaba en Febrero por los años bisiestos,—á no ser cuando leía algun discurso que un bondadoso amigo le escribía para la apertura de alguna escuela militar, ó para brindar en un dia 13, con trece palabras, trece barba-

ridades, trece letras, trece interrupciones y trece pavadas.

—Me parece—dijo el Presidente—que así se podrá enderezar el asunto. Pero ahora quiero que el contrato definitivo se firme aquí, y que no sea otro contrato al *tum tum*, ó como dicen se llama el primero.

Y añadió despues de una ligera pausa:

Me gusta eso de aparecer *perdonando en público* y *apretar en privado*. Así salen bien las cosas, como *cualdo yo abrazé á...* (aquí un nombre de Jefe conocido en Batuecas), y despues lo convidé á comer en mi cuartel, y se le *indigestó* la comida y se murió.

—Oh! sublime! piramidal!—se oyó decir en coro por aquellos degradados turiferarios.

—Vamos á tirar un decreto bombo—dijo el Presidente—nombraremos una comision de *abombaos*, que creerán los distingo con eso mucho.

Escojan buenos tipos, pelaos y panzones y sérios, y este gringo pillo y *vos*—dijo el General—serán el *cíñuelo*.

Despues juntamos *los trofeos pa* mandar. Ya me estoy figurando lo que me voy á divertir.

—*E dopo*—dijo el de Gobierno—*il maggior divertimento sarà far suonare la sacoccia!*

—De qué *sancocho* estás hablando, gringo pícaro?—le preguntó el General.

—*Del danaro inta faltriquera*—añadió el preguntado, golpeándose el bolsillo.

Todos soltaron la carcajada.
El plan estaba esbozado; las dificultades se apla-narían.

Así se decidió la entrega de los trofeos y el olvido de la deuda de guerra.

Pobre pueblo! En dónde estaba que consentía tales ofensas?

II

El pago de una infamia

CIENTO TREINTA Y CINCO LEGUAS DE CAMPO POR COMISION

Largo fuera transcribir aquí, íntegra, la relacion que el manuscrito hace del viaje de la Comision que la Republica de Batuecas nombró para acompañar á los llamados trofeos de guerra.

El ministro de Gobierno no fué en ella, pero sí el de la Guerra, que conceptuaron el *mas elocuente* para el caso.

Un diputado célebre, Mercurio del Presidente, periodista oficial, y por consiguiente saturado de todas las bajezas humanas; un miembro del Superior Tribunal, que todavía no ha hecho *ni lo que la Burra de Balaam*, sin duda porque se diferencia de aquella en el sexo, tránsfuga de todos los partidos políticos y que, dice el manuscrito, *faltó a su palabra* en cierta ocasion en que con otros compañeros debió presentar su renuncia y protesta, y los dejó colgados, *delatándolos y quedando él en su puesto con suma delicadeza*; otro aventurero que apegado al Teniente General redacta-

ba tambien un periódico ilustrado.... de la época, llevando el encargo de escribir un libro sobre el viaje, las fiestas y los trofeos; soldados, música, pintores para tomar vistas, fotógrafos para sacar en grupos artísticos y en varias posiciones á los de la comision, y sobre todo gran acopio de comestibles y escandaloso número de canastos de champagne y bebidas espirituosas, era lo que un vapor de guerra cargó para llevar hasta la capital de la República deudora, que se halla recostada á orillas de un río interior y tropical, cuya eterna siesta iba á ser interrumpida por el silbato de la *terrible nave*, que largando su carga mas terrible todavía, parecía decirle: «aquí está esto».

Pillos y tilingos, formaban pues la célebre comision.

Llegados allá, al cálido país á que se dirigian, cada cual *atendió á su juego*.

El ministro con cara de esfinge, *perpetró un discurso* que le habían escrito y representó en el negocio al Teniente General, que le había dado todo preparado por el italiano que hacia de ministro de Gobierno y era el alma de la negociacion.

Práctico éste en embrollas, hizo de modo que amparándose de una Ley que *acabaría* de promulgarse, aparecieran como compradores de tierras: un hermano suyo por cien leguas; su SEÑORA! por 35 leguas; él, por otras cien leguas; el jóven Teniente General por otras cien; dos ingleses amigos del General por doscientas leguas; un amigo del ministro, y como él italiano, por cien leguas, y así tambien las trescientas cincuenta restantes que un gerente

de casa muy vinculada al de la *Fazenda*, aparentaría comprar por encargo de varios.

Ni una legua se pagó.

La Nacion deudora se quedó sin el terreno; la Nacion acreedora hizo el sacrificio, y el Teniente General recogió la gloria y el provecho..... por corto tiempo.

Para colmo de ridículo, hicieron que el General fuese en ese grado reconocido en el ejército de la *pobre Nacion deudora*: (el manuscrito no dice con que sueldo) y los demás de la Comision y sus esposas é hijos, declarados ciudadanos de aquella República, y merecedores, los de la Comision, de una chapa de oro para cada uno, con una inscripción que conmemorára el hecho de la entrega de *las cornetas abolladas* y demás trofeos de contrabando.

Las tierras, el grado y las láminas de oro fueron entregadas, aunque de estas últimas hay pocas, porque los pelafustanes que las recibían las vendieron al peso, para asegurar así algo de lo que su avaricia exigía como pago de las fatigas del viaje.

Aunque tan escandaloso robo no podía subsistir; aunque tal escrituración *es nula*, y no podrán los agraciados con esas tierras hallar jamás quien se las combre, antes que la misma Nacion en que se encuentran se presente reivindicándolas, *lo que le será fácil conseguir*, ya se ruje:

Que los ingleses que tenían afectadas las tierras públicas del país deudor, á un empréstito que ántes le hicieron y se les debe, piden ó QUE SE LES ENTREGUE EL PRECIO

VERDADERO DE LA TIERRA REGALADA AL TENIENTE
GENERAL, Ó QUE ESTE SE LAS DEVUELVA !

Qué curioso será presenciar esa devolucion!

Será mucho más interesante que la entrega de los trofeos !

El Teniente General parece que aún vive (aunque ya completamente desprestigiado..... y despreciado por el mundo entero), y no será extraño que presentemos en breve aquel acto de justa reparacion.

El Doctor, Ministro Italiano del Gobierno de Batuecas, y redomado negociador de embrollas, que sabia el riesgo que corría el famoso *arreglo* de esas tierras, se apresuró á terminarlo, y por eso, poco despues de la ridícula farsa *de la entrega de los trofeos*, se puso en viaje desde Batuecas para el país estafado, llevando ingeniero de su gusto, de su confianza, y de su familia, é hizo demarcar la tierra que querían hurtar, separarla y reconocerla por de su propiedad y de la de sus demás amigos; todo *entre dos luces*, y sin que el pueblo pagano se apercibiese.

Regresó á Batuecas llevando las diversas escrituras y entregándoselas al Teniente General, hizo que todos los *supuestos compradores* se reunieran y vendieran sus respectivos terrenos al dicho General, dándose por recibidos á su satisfaccion de gruesas sumas que jamás vieron ni en sueños.

El audaz Presidente aceptó, pero observando á sus ministros, *con gran desprendimiento*, que debían separar lo que á ellos pertenecía, haciendo solo escriturar para él, las tres cuartas partes segun lo convenido.

Los tres tunos ministriales, ya de acuerdo y enterados por el de Gobierno del peligro que se corría de que hoy ó mañana se anule la venta hecha á favor de supuestos compradores, con perjuicio de los explotados *ingleses prestamistas*, respondieron:

—No, Exmo. señor. V. E. será escriturado del todo y luego nos escriturará á nosotros lo que le parezca en su alta justicia, arreglado á nuestros merecimientos y necesidades.

¡Tableau!

Así lo hizo el General, que recibiendo las mil leguas de tierras, cayó en el garlito, y á su vez otorgó escrituras cuya validez *garantió con sus bienes habidos y por haber*.

Así sin pensarlo, recibía *papeles mojados* y garantía la comision *con lo más granado* de su escandalosa fortuna.

Es cuánto buscaban y querían los pillastres que lo guiaban y que en los últimos tiempos del Teniente General lo hacían hacer, como siempre, lo que ellos deseaban, sin que él lo comprendiese.

De tal suerte coronaban su obra y ganaban una fortuna.

El Ministro de Gobierno, *con mucha justicia*, recibió por comision garantida con los bienes del Teniente General, *ciento treinta y cinco leguas cuadradas de campo, ó su valor!*

¡Pudor, cúbrete el rostro!

PARTE TERCERA

CELEBRACION DEL TRIUNFO

UN CRÍMEN MAS!

A inmediaciones de la Capital de Batuecas grandes *villas* y casas de recreo adornaban los caminos. Llamaban los naturales *quintas* á esas viviendas.

Rodeadas de jardines y de bosques, eran deliciosas moradas aquellos pintorescos sitios, en donde se escondían durante los calores del estío las familias pudientes de Batuecas, que allí pasaban los veranos entre el perfume de las flores y bajo la sombra fresca de los árboles.

El Teniente General tenía tambien allí su *quinta*, en donde las crónicas cuentan que pasaron tan lúbricas escenas, que la esposa del Presidente, distinguida y mártir mujer, la tenía horror y jamás iba allá, pues sabía cuanto en esa *quinta* ocurría.

Las familias vecinas de aquella vivienda, abandonaron tambien sus casas, como abandona la gente

honrada los barrios impuros á que la Policía suele confinar cierta clase de comercio.

A tanto llegaba esa repulsion, que hasta los carruajes y ginetes en sus paseos, evitaban pasar por aquel camino que se volvió solitario.

El Presidente aprovechaba de aquel terror, y por eso hacia de tal lugar el asiento de sus frecuentes bacanales.

Dóciles sirvientes atendían aquella mansión del crimen.

Ese fué el lugar que el Teniente General eligió para un banquete con que deseaba festejar *la terminacion del negocio* con que iba á despedirse de la Presidencia que terminaba, y que á pesar de sus esfuerzos se le escabullía de entre las manos crispadas por la ambicion, como se escurre de las del pescador el glutinoso pez á quien cuanto más se le oprime más pronto salta y escapa.

Perfumadas tarjetas enviadas por la *Signora Récamier*, habían circulado, invitando á la fiesta.

La *nota alegre*, debían darla varias amigas *como ella*, conocidas de los comensales, ó de trato fácil, y comunicativas, que no sentirían en la mesa ese retraimiento de los primeros instantes entre personas que no se conocen.

Llegó el dia del festín.

Los carruajes empezaron á llegar, y al caer la tarde, cuando las ventanas del palacete ilumináronse profusamente, se oyeron los acordes de una orquesta, que atrajo poco á poco á las parejas disper-

sas que ántes vagaban aisladas por los jardines, y las congregó en el vasto comedor.

Escotes, flores y alhajas lucían las mujeres atrevidas que salpicaban la fila de convidados masculinos, los que con animados semblantes y con grandes ramos en los ojales de cómodos *sacos de brin* con botones de *la Patria* que el anfitrion les distribuyó, alternaban con las *distinguidas y relumbrantes damiselas*.

El Teniente General y la *Signora Récamier*, presidían el banquete.

Ministros, Diputados, Jefes de alta graduacion, adulones de todos matices y edades, estaban allí sonrientes.

Los de la Comision que fué á entregar los trofeos, tambien se destacaban luciendo vistosas *bandas* con los colores de su *nueva nacionalidad*.

En uno de los costados de la mesa y al lado del Secretario, se hallaba un extraño personaje que entre jovial y mohino, se encontraba allí, á no dudarlo, fuera de su centro.

Estaba *vestido como indio*, y adornaba su cabeza, cuellos y cintura, con plumas y vistosos abalorios.

Representaba á la Nacion que había recibido los trofeos, y le llamaban por su nacionalidad algo así como el *ciudadano Papagayo*, cuyo nombre le seguiremos dando.

Era éste un infeliz demente á quien tenían para mofa.—Aquel hombre, en su primera juventud había recibido regular educacion, pues era oriundo de dis-

tinguida familia, y había cursado hasta las aulas de derecho; tenía gran verbosidad, por lo que le pedían siempre en circunstancias como las que narramos, que contestase á los brindis, que hablase por las *damas ó para las damas*, que divirtiese en fin, á la concurrencia que reía de sus desatinos y de sus gestos extravagantes.

En aquella tarde se encontraba meditabundo; no estaba alegre, sin duda porque no se hallaba bien en aquel traje, ó por otras causas.

Trajeron los manjares; las damas escanciaban el vino á sus caballeros, y éstos las atendían en todo lo demás, con *esquisita cultura*, pues la mayoría de aquella reunión había salido de los corralones de carretillas, del cuerpo de serenos, de los conventillos, casas de ruleta ó de la inclusa, y se encontraba en la mesa por la ley física de la cohesion, que aprieta las unas contra las otras á las moléculas homogéneas.

A la mitad de la fiesta ésta era ya una orgía.

Los unos comían en el plato de las otras; éstas se reclinaban en sus compañeros, ó entrelazando los brazos, libaban así cruzados, las copas del licor que los enardecía, y todo esto imitando al Teniente General que con la *Signora Récamier inventaba las figuras*, que todos debían repetir.

Llegaban á los brindis.

Los conceptos mas serviles eran expresados por los invitados en honor al Teniente General, y la algarza crecía tan atronadora que de ella, como del principio de la tragedia que debía poner fin á aquella

orgia, guardan horrible recuerdo, algunas personas que curiosas y ocultándose, se acercaron atraídas por los acordes de la orquesta.

En vano habían azuzado al *Papagayo* para que brindase; éste no se hallaba de humor aquella noche; y ni los *trozos de pan* que le arrojaban al rostro, ni el vino que derramaban sobre su cabeza, ni la corona de hojas de viña con que lo adornaron al fin, hicieron otra cosa que irritarlo más.

El Teniente General propuso que le dieran un manteo *para avivarlo*.

Con grandes ¡hurras! fué aceptada la idea, y ya se disponían á ponerla por obra cuando el *Papagayo*, levantándose, hizo ademan de pedir silencio para hablar.

— Bravo! — dijeron todos. — Al fin vá á hablar el ilustre representante del pueblo *Papagayo*. Silencio!

El *Papagayo* impuso respeto con su mirada altiva.

Todos los que lo conocían se miraron entre sí: aquel hombre apareció transfigurado:—Sr. Presidente, dijo:

No sé lo que por mí pasa, pero se me figura que hoy nazco á nueva vida.

Todo el pasado lo recuerdo y me avergüenzo.

Yo he estado loco para haberme prestado como lo he hecho á la burla y á la befa de la hez de la sociedad.

— ¿Qué dice? — se preguntaron todos asombrados.

— Digo lo que debo de decir.

El ridículo traje que visto no solo es indigno de mí, sinó de ser con él presentado ante gentes que se estimen en algo. No me parece que esté al lado del Presidente de la República ni de sus llamados Ministros de Estado.

— Que se calle! — gritaron algunos.

— Nó! — continuó el pobre Papagayo. — No me callaré. Hablaré aunque sea por la última vez de mi vida, puesto que he presenciado ya bastantes crímenes cometidos por los que están hoy aquí reunidos, para presentir la suerte que me espera.

— Que se calle! — repitieron muchos otra vez.

— No, beodos! — gritó el Papagayo. — Ni vosotros ni las livianas mujeres con quienes estais, olvidando todos vuestros deberes, podrán ahogar hoy mi voz.

— Calláte! — le dijo el mismo Presidente que se había puesto pálido.

— No, General! — insistió el improvisado orador. — Vos ménos que nadie podreis hacerme callar, porque siento dentro de mí una fuerza superior que dicta mis palabras. — Sois el verdugo de vuestra Nacion y el juguete de todos estos miserables! (Y señalaba á los convidados).

El pueblo os maldice; los que habeis despojado de sus bienes, claman al cielo por justicia, y las familias de los que habeis asesinado, piden venganza.

— Está loco! Aténlo! — vociferaron atónitos los convidados, mientras que las mesalinas asustadas dejaban la mesa y huían, ganando muchas sus carroajes y abandonando la quinta.

Algun ministro, tambien dice el manuscrito, que aprovechó aquel momento de confusión para desaparecer.

El loco prosiguió:

—Mañana vais á bajar del poder, General!—Vuestros mismos hombres de confianza van á traicionaros pues la pena del talón lo exige.....

—Que lo hagan callar!..... Que lo echen!

—Que lo maten!—gritaron algunos de los invitados ya de pié tambien.

—No!—dijo el loco.

Me oireis aún.

General! Vuestras víctimas se alzarán ensangrentadas, los leales servidores de la Patria que yacen en la miseria porque les habeis quitado el dinero destinado al pago de sus sueldos, vendrán á pediros estrecha cuenta; vuestras suntuosas estancias y vuestras quintas y vuestros palacios serán vendidos para reintegrar las sumas que faltan en el tesoro de la Nación, que habeis creido era el vuestro...

—Que lo maten! Que lo maten!—ahullaban aquellas hienas.

El loco poseido de una seriedad y presteza de raciocinio verdaderamente sobrenaturales en él, parecía divinizado, y seguía tonante:—*Vuestros últimos negocios con el pobre pueblo Papagayo* vendrán al suelo.

Vuestra familia os maldecirá. Vuestra santa esposa y vuestros inocentes hijos....

—Mátenlo!—dijo el General, que mudo de espanto

y con ojos azorados había escuchado las palabras del loco, como si fueran las de la justicia de Dios.

Cien brazos se alzaron, alguno armado alcanzó al infeliz que hablaba y que herido rodó al suelo.

Allí cayó sobre él el Teniente General dándole con el taco de su bota en el rostro y en el pecho golpes incesantes.

El loco entre tanto se debatía entre aquellos energúmenos, y gritaba y alcanzaba á articular palabras cortadas.

Uno de los concurrentes, *cuyo nombre callamos*, dice el manuscrito, se atrevió á decir al Presidente:

—Aparte V. S. de ese espectáculo.

No permita que ese hombre sea ultimado.

El Teniente General con el cabello en desorden, lívido como un espectro, se dejó llevar y cayó mejor que se sentó, á poco trecho, en una poltrona que le acercaron, murmurando:

—Infame! —se ha hecho el *loco* para decirme todo eso..... — Y dirigiéndose á los demás, añadió:

—¿Han oido ustedes?..... ¿Todo eso se sabe, todo eso dicen de mí por ahí?

—No, Excmo. señor! le contestaron—poco hemos escuchado las sandeces de ese insensato!

Este casi exánime estaba en el suelo. Lo levantaron y lo llevaron.....

A dónde?.....

Nadie lo sabe: desde aquella noche no se ha vuelto á ver; *desapareció* como muchos.

Teniente General cerraba así su Presidencia

como la había comenzado — con violencias y con sangre.

Bárbaro!

Agrega el manuscrito que el tirano no pisó más su quinta, ni ha dormido ya sino rodeado de guardias y tras macizas puertas que impidan oír los gritos que da durante sus cortos é intranquilos sueños, llenos de visiones pavorosas.

El *Dedo de Dios* está siempre visible y amenazador ante sus ojos; y las predicciones del *loco* constantemente zumban en sus oídos.

Así concluye el manuscrito que hemos extractado y cuya lectura hicimos con horror.

FIN